Cuarto viaje de Colón

Por Ph. J. J. Valentini

Traducción del Excmo. Monseñor Sanabria

CAPITULO V

DE CARIARI A CARAMBARÚ Y PORTOBELO

(N. B.—Falta una cuartilla completa del original)

. . . . . .

a los bordes de un río las ramas de los árboles, que se inclinan hacia la superficie de aquél, se hunden aquí como si fueran los sarmientos de una vid, brotan de nuevo en el suelo, y por propia vitalidad echan retoños siempre verdes". (1)

Y era exacta la observación de Colón. Cuando al venir de Cariari, pasó por entre la pequeña isla de la Uvita y la playa de la actual costa de Limón, en verdad sus ojos contemplaron una tierra que produce una vid de la misma familia de la parra europea. Es precisamente en este sitio en donde la parra silvestre, a impulso de su propia exuberancia, ha dado con un lugar propicio. Oculto en la sombra de su follaje madura el gigantesco racimo; pero su grano es duro, ácido y no es comestible ni puede destinarse al lagar. En esta cepa silvestre se pone de manifiesto aquéllo de que es capaz la caprichosa opulencia de la naturaleza. Se adhiere a cualquier tronco fuerte de árbol, lo recubre en torno, de arriba abajo, con una malla trenzada cada vez más tupida, y después se extiende

(1) P. Mártir. Dec. III, Lib. 4, pág. 243: "In huius terrae prospectu, iquit, in mari ipso gigni arbores quae ramos incurvent, postquam altius emerserint, ad profundum: quo applicatae cuspides. uti propagines vitium. solo demersae radices creant et in sui generis arbores perpetuo virentes prodeunt". (1) El mismo en la Dec. III. Lib. 4, p. 240: "Pelgoras uvis pendentibus maturis, sed labruscis, terra gignit suapte natura inter arbores. Tantam. refert. esse apud hos suavium utiliumque fructuum nativorum copiam. aliorum. quod de uvis colendis nulla sit cura". (2) En la playa de punta de Limón, en frente de la cual debió navegar Colón el 5 de octubre de 1502, el autor descubrió, según su diario, el 17 de febrero de 1866, la parra silvestre, conformada a la manera de una cepa que se había adherido en forma parasitaria a otro árbol. "Seguimos la enredadera que colgaba de la copa y se arrastraba por el suelo hasta veinticinco pasos más allá; aquí se había adherido a un árbol más bajo en cuyo ramaje vimos un racimo de un pie y cuarto de largo. Tenía veintiún granos el mayor como de nueve líneas de diámetro. Los granos eran duros como piedra, ácidos y de color verde azulado". En el interior del país la uva silvestre alcanza un espesor del tamaño de una pepita de cereza.

(1) "A la vista de aquel territorio, dice que en el mismo mar se crían árboles que inclinan sus ramas hacia abajo, después de que las han levantado arriba, y que llegando al suelo las puntas, como sucede con los sarmientos de la vid, tomando tierra echan raíces y se convierten en árboles de la misma especie perennemente verdes". Trad. Torres Asensio, II, p. 301.

(2) "Cría la tierra espontáneamente entre los árboles pámpanos con sus uvas colgando, pero agrestes. Cuenta que es allí tal la abundancia de otras frutas nativas, útiles y sobrosas, que no tienen cuidado de cultivar la uva." (Trad. Torres Asensio, II. p. 294.)

a manera de cobertizo sombreante por las ramas de su copa. Una vez terminada esta faena de estrangulación dobla sus sarmientos hacia el suelo, y por él se arrastra hasta alcanzar un poco más allá otro tronco, en el que repite la misma tarea. El árbol recubierto muere bien pronto, su vitalidad se extingue. Una vez que ha agarrotado el tronco, el sarmiento parece preguntarse a qué otro árbol de la selva podrá asociarse el terminal.

Si la costa no está nublada tierra adentro, pueden los viajeros entretener sus curiosas miradas en la contemplación de otro fenómeno. A una altura de 11740 pies, dentro del territorio de Costa Rica, se yergue, siendo visible desde lejos, el Pico Blanco con su resquebrajado cono del cráter. Los indios aborígenes lo llaman N' mú, el que ruge, o sea el león. En realidad no ha estado activo en tiempos históricos. Bien pudo ser que fuera ésta la primera vez que los todavía novatos españoles contemplaran un volcán.

En relación con cuanto hemos observado acerca de esta costa, quizá no carezcan de interés para el lector las siguientes observaciones.

La sección del istmo en que Colón se hallaba con sus barcos en aquellos días, es muy digna de observación. De acuerdo con la configuración del Nuevo Mundo, se suele hablar de un gran continente americano del Norte y de otro del Sur, comunicados entre sí por un puente, el que forma el istmo centroamericano. Los límites de éste hacia el Sur alcanzan hasta el trayecto más corto del istmo de Panamá, o, mejor, hasta la insección más profunda del Golfo de Darién. Al Norte, en Tehuantepec, se acoplaría con la ancha superficie de México. Pero en sentido físico no se justifica suficientemente esta triple división del continente. Cierto es que, comparado con las secciones Norte y Sur, el sector medio puede parecer estrecho y curvado, y que sus miembros, que en su conjunto se proyectan hacia el Este, se apoyan todos en el mismo y único dorso, de naturaleza volcánica o cristalina, que va desde Patagonia hasta Alaska por el Océano Pacífico.

Conforme a esto se podría, pues, descartar la concepción de un continente tripartito. Tal concepción es usual, pero no se basa en ninguna característica natural definitiva. Pero si se quiere insistir en ella, como requerida por la apariencia sensible de los contornos, es evidente que físicamente habría que fijar los límites de ambos continentes justamente en el actual territorio de Nicaragua. Basta mirar el mapa. Parece que una ancha vía de agua, en parte estrecha y en parte excavada a través de volcanes, debió constituir en tiempos que no podemos determinar cronológicamente, la división natural de ambos continentes. Su entrada es el Golfo de Fonseca. Rellena por los volcanes Maribios prosigue, no obstante, hacia el Lago de Managua, y se abre camino hacia su vecino mayor, el Lago de Nicaragua, a través de los siempre activos volcanes de Masaya y Mombacho. Mediante un estrecho canal de unión, el cauce del río San Juan, desemboca en la antigua vía en el Mar Atlántico. Poca fe en verdad pueden merecer estas hipotéticas descripciones. Pero se aumentará aquélla al dar en esa comarca de convulsiones siempre violentas, con otros testimonios de aquella antigua división. Desde muy al Norte, a través de México, Guatemala, Honduras y Nicaragua, hasta muy cerca de la ribera del río San Juan, el viajero pasa por

entre espesísimos bosques de pinos. En la vega de aquél desaparecen de repente. Al otro lado, en la ribera derecha, a través de Costa Rica, Veragua, Colombia y aún más allá, no hay una sola conífera. De nuevo aparecen en la apartada Araucania, pero son de una variedad muy mezquina. Hacemos estas observaciones por lo que ellas valgan. En todo caso no están fuera de razón para acentuar los colores de este cuadro, relativo a aquella antigua división.

El cuadro gana más decisivamente en colorido ante nuestros ojos, si tomamos en cuenta las investigaciones que con sentido histórico se han realizado, justamente en relación con esta región de la sección ístmica. Cuando Colón navegaba frente al río San Juan, éste era considerado como la línea divisoria entre pueblos, supuesto que ahí se encontraban frente a frente las vanguardias avanzadas de dos familias de naciones, distintas por su origen, tradición y cultura, que en el transcurso del tiempo y viniendo de extremos opuestos se aproximaban entre sí. Los unos viniendo del Norte, de México avanzaron poco a poco hacia el Sur, hasta el río San Juan. Igual cosa hicieron los otros desde el Sur colombiano. Sus comerciantes establecieron entre sí relaciones de negocios, y está demostrado que ello tuvo lugar a lo largo de la costa del Pacífico de Costa Rica. Sin embargo la conquista española, que comenzó en el istmo de Darién y se extendió después hacia Nicaragua, bien pronto hizo imposible para siempre, el hipotético choque, que en todo caso era muy improbable, de los antiguos Norte y Sudamericanos entre sí.

Volvamos a nuestro Descubridor. Sin imaginar siquiera, en la noche del 5 de octubre, que trasponía aquella maravillosa línea divisoria entre naturalezas y pueblos, Colón, con su amigo Cariari por guía, se internó en la Bahía del Almirante, entonces Carambarú, por el estrecho de Boca del Drago (II). Es probable que se le haya aconsejado la punta Sur de la llamada en honor suyo Isla de Colón, como la más indicada para el anclaje. Aquélla ofrecía a los habitantes, que vivían de la pesca, las mejores condiciones para desembarcar, a la entrada y a la salida y protección contra los vientos. "Veinte canoas", dice Fernando, había en aquel lugar de la isla, arrimadas a tierra. Sus dueños, desnudos como salieron del vientre de su madre,—sin embargo algunos estaban adornados con patenas de oro colgadas al cuello y otros con águilas de oro (III),—miraban sin recelo hacia nosotros. Nuestro guía concertó inmediatamente un trueque. Por tres cas-

---

(II) El modo cómo escribió Colón "Carambarú" es traducción bastante aceptable del dialecto de los indios Bribris, que todavía se habla en los distritos de las lagunas: Cara, el Señor, y Boro o Puru, la leña, la selva, o bien, el señor de la selva. (Vocabulario del autor). Por el contrario Fernando, y con él Pedro Mártir, Las Casas, y Oviedo, escriben siempre Cerabora y Cereboro, y será una involuntaria reminiscencia lingüística de Teherboró, la conocida isla portuguesa de Sierra Leona que tiene un fondeadero para el comercio de frutas, en su canal. Por eso Fernando dice siempre: "il canale di Cerabora", en vez de "la bahía o la laguna."

(III) El traductor de Fernando Colón escribe (l. c.) p. 407: "agutille", y más adelante pág. 414 "aquile". Las Casas (l. c.): "aguitillas". Recientemente se han encontrado ejemplares de tales piezas de oro en los cementerios de Chiriquí. El señor William H. Holmes (3), del Bureau of Ethnology, Washington, D. C., ha tenido ocasión de estudiar muchas de tales piezas, y en su bien clásica obra se expresa en la

cabeles obtuvimos un espejo de oro que pesaba diez ducados. Cuando inquirimos por el oro—dice él—, no pudimos saber en que costa se recogía" (7). A la mañana siguiente se reconoció una aldea de pescadores situada en el interior de la bahía. Los hombres, despavoridos, estaban dispuestos a huir en diez canoas. Invitados a que trocaran sus espejos de oro, pareció que se negaban a ello, pero cediendo a la fuerza alguno de la tripulación logró hacerse de un espejo que pesó catorce ducados, y de una águila que pesó veintidós ducados. Los aborígenes se presentaban entonces como ahora, a la vista de los extranjeros, con un delgado ceñidor a la cintura, y pintados, cuerpo y cara con rayas negras, rojas y blancas.

---

forma siguientes: (Ancient art of the Province of Chiriquí, Colombia? smithsonian institution Bureau of Ethnology, 1889), a este propósito: Con mucho frecuencia ocurren las representaciones de pájaros y son de diferentes tamaños y trabajo. La representación corriente los presenta con las alas extendidas y con plumas en la cola. La parte inferior del cuerpo está considerablemente abultada; la del dorso es cóncova y sin pulimentar, y en ella hay un anillo que servía para colgarlo de un bramante como se puede ver en la figura de perfil (Fig. 31). Se pueden reconocer las figuras de lechuzas, águilas y papagayos, pero no es posible determinar bien las diversas variedades, ya que por el exceso en los detalles secundarios todas esas formas resultan borrosas. La figura 31, es una forma básica (4) de estas representaciones de pájaros; es una ave de rapiña, quizá un buitre, de trabajo basto, martillado en hoja muy delgada y no pulido en los bordes. El material es puro cobre, pero enchapado en oro amarillo. Estos ejemplares ocurren con frecuencia. La figura 32, tomada de los grabados de Bollaert, representa un papagayo, y el trabajo es en alto grado delicado y nítido." En relación con el contenido de cobre de las águilas podríamos nosotros agregar que si los químicos españoles no lo averiguaron sobre el lugar y sitio, lo habrán ciertamente averiguado en España. Deducimos esto de una cita que se hace después, del botín de oro recogido en este viaje, y en el cual es extraño que no se mencionen las águilas, y en cambio sí se mencionan muchos otros objetos de guanín, expresión ésta originada en Haití y que se empleaba para designar metales sin valor igual al del oro. Por el contrario, los espejos trocados en la costa son specchi, espejos o espejuelos; en Las Casas, patenas, siempre de oro muy fino y martillado. Todo lo cual se ha confirmado con los objetos hallados en un sepulcro en Costa Rica, que, en el Catálogo del Museo Nacional, San José, se describen como "planchas en forma de platos, el oro de muy buena calidad". (Dr. H. Palokowsky, Antigüedades de Costa Rica, Festschrift zur Jubelfeier des 25 jahr. Bestehens d. Ver. f. Erdkunde zu Dresden, 1888) (5). Las figuras adjuntas (6), tomadas de fotografías, las debemos a la bondad del Sr. W. H. Holmes. Su diámetro varía entre cinco y siete pulgadas. Acerca de la manera bastante perfecta de enchapar las águilas de cobre y otras figuras, el señor Holmes se ha informado personalmente con expertos plateros: dígase lo mismo con respecto a la fundición de las piezas y a la soldadura de conjunto de las piezas sueltas. Pero no ha podido llegar a una conclusión definitiva sobre los métodos que para esos efectos emplearan los artistas de Chiriquí. Remitimos a las páginas 35-40. l. c.

---

(3) Sobre Mr. Henry Williams Holmes cf. en "Historia de la influencia extranjera en el desenvolvimiento Educacional y Científico de Costa Rica, del Prof. Luis Felipe González. Imprenta Nacional, San José, 1921, p. 212 y 213, la respectiva reseña biográfica.

(4) El señor Valentini presenta dos dibujos con la leyenda: "Aguilas de cobre enchapadas", que son las figuras Nos. 31 y 32 de la citada obra del señor Holmes, a que remitimos a los lectores. La Nº 31 es una águila como las que pueden verse en

Con pocas pero muy escogidas palabras nos describe Fernando sus impresiones de un reconocimiento por la bahía, que se extendió particularmente por el recodo Sudoeste de ella. "Encontramos ahí muchas isletas y tres o cuatro bocas muy a propósito para entrar y salir con todos tiempos, las naves van por dentro de estas islas entre una y otra como por una calle tocando las cuerdas de los navios en las ramas de los árboles" (8). En verdad esto mismo sucede hoy en aquellos parajes. Difícilmente podría imaginarse o ejecutarse un proyecto más artístico para disponer un parque marino o insular. Todavía hoy existen los mismos canales con sus intrincados vericuetos medio sombreados, medio ocultos; aquí la superficie es deslumbradora, allá parece como si reinase la noche por causa de las ramas cuyos brazos se entretejen por encima de la maravillosa copa, a manera de arquitrabes siempre verdes de una catedral natural,; acullá silencio que invita al pensar profundo

Esta Bahía del Almirante, con sus cuatro islas flanqueadas a lo largo y de través por cientos de cabos e islotes, se distribuye a manera de un archipiélago jónico, mientras que por el contrario la actual Bahía de Chiriquí, situada un poco más allá, presenta el aspecto de una laguna de superficie desolada. Hacia Aburema, como llaman los aborígenes la bahía, se dirigió, pues, Colón, con su escuadra. Nada deja traslucir de cuanto allí haya experimentado y visto. Mas, por la circunstancia de que en reconocimiento de ambas bahías empleó once días (ya que dejó la última el 17 de octubre), podemos nosotros deducir que la inspección fué bastante minuciosa y que recogió algunos pequeños valores. Cinco torrentes, entre ellos uno cuyo nombre es Harribiarra, tal vez corrupción de Carambarú, bajan desde la no lejana sierra hasta Aburema. A media altura de aquélla, arriba del primer raudal, era y es costumbre de los aborígenes construir sus habitaciones, y desde ahí bajaban hasta la desembocadura en donde se halian

---

nuestro Museo Nacional; al lado de ella está el dibujo de perfil de la misma, que permite reconocer el hueco u ojo practicado en la cabeza, que servía para colgar el aderezo por medio de un bramante. La Nº 32, es la figura de un papagayo, trabajada con más gusto.

(5) Cf. la reseña bibliográfica respectiva en "Costa Rica en el siglo XIX", San José, 1902, p. 390. Este estudio del señor Polakowsky fué traducido al castellano y se halla en "Anales del Instituto Físico-Geográfico y del Museo Nacional". Tomo III, 1890, p. 138-170.

(6) El señor Valentini reproduce tres figuras, con la leyenda: "Espejos de oro". Estas patenas de oro, con diferentes figuras grabadas en ellas, son de la misma clase y disposición que las que pueden verse en el Museo Nacional.

(7) ".... veinte canoas y los indios en la ribera desnudos como nacieron, y sólo tenían un espejo de oro al cuello y algunos traian una águila de Guanín, los cuales sin mostrar miedo, pidiéndolo los dos indios de Cariari, trocaron al instante el espejo que pesó diez ducados.... y dijeron haber grande abundancia de aquel oro y que se cogía en la tierra firme muy cerca de ellos". (Trad. González Barcia, II, p. 160.)

(8) Dimos en el texto la traducción de González Barcia, II, p. 160, la del autor sería la siguiente: "Encontramos ahí un innumerable conjunto de islas pequeñas, y tres o cuatro cómodas salidas. Por el laberinto de estas pequeñas islas condujimos nuestros barcos cruzando y atravesando, como si nos halláramos en avenidas plantadas de árboles de modo que el follaje de las ramas y de las lianas tocaban las entenas y aún la obra de los cables."

las cabañas de los pescadores. Suponemos que Colón hizo una breve escala en todos estos lugares.

El 17 de octubre se dobló el Cabo Valiente, y a doce leguas de distancia de Aburema se llegó a un río, Guaiga, que no sabemos si seria el actual Cana o el Chiriquí, pues no se expresa desde qué punto se contaron las doce leguas. La nueva de la llegada de los hombres blancos en grandes embarcaciones había puesto en movimiento a toda la población, y de hecho estaba dispuesta a oponer resistencia. Efectivamente, apenas observaron que se habia largado los botes para desembarcar, se aproximaron a la orilla, y a una señal del caracol y de tambor se precipitaron al agua más de cien indios simultáneamente, y con ella hasta la cintura agitaban sus picas, golpeaban el agua y lanzaban hierbas mascadas contra los que remaban hacia allí. Adiestrados por las experiencias anteriores hicieron un alto los del bote, y pacientemente esperaron el desarrollo de los acontecimientos. Se interpretó este gesto como una señal de paz. En seguida concertaron un trueque, y se cambiaron dieciséis espejos de oro fino, con valor de ciento cincuenta ducados. Al día siguiente se repitió la maniobra, sólo que ya los indios se atrevían a más: se acercaron con tanto tumulto, armados de lanzas, que para espantarlos se disparó un tiro de lombarda. Hubo una fuga desconcertada, y no se pudo reanudar el trato con ellos para el efecto de trocar pacíficamente, hasta que la tripulación cayó en cuenta de que debía volver sus armas a los barcos. Rescataron todavía sólo tres espejos. "No tenían más y estaban dispuestos no a trocar sino a pelear". Los indios Cuaiga han conservado siempre este fervor por el combate, y por ello han tenido fama, y se les ha dado el nombre de "Valientes" (IV).

Firme estaba el Descubridor en la idea de que al fin se acercaba a la suspirada tierra, tan celebrada por los antiguos, la "Aurea Chersonesus". Los salvajes, desnudos, se adornaban en esta costa con tantas bagatelas de oro, que su encendida fantasía debía imaginar que detrás de aquellas sombrías gargantes de montañas debían ocultarse, así lo creía Colón, no sin algún motivo, ciudades industriales, tierras a las que había llegado la civilización desde hacía mucho tiempo, mercados en los que hormigueaban las muchedumbres de forasteros deseosos de comerciar, que circulaban aquí y allá con sus vistosos trajes orientales. Por tanto había descubierto la tierra, había hallado el camino y este era seguro. Era indispensable proceder con rapidez, apoderarse sobre la marcha de algunas valiosas "muestras" para presentarlas a su tierra a los Monarcas de limitados alcances, y a los in-

---

(IV) Cf Rarissima: "Dos indios me llevaron a Carambarú.... nombrándome muchos lugares en la costa del mar, adonde decían que había oro y minas; el postrero era Veragua, y lejos de allí obra de 25 leguas.... y llegado ya al medio supe que había minas a dos jornadas". El recuento de las 25 leguas (de Carambarú al río Veragua) es bastante exacto. Agrega Colón que ha recogido las noticias sobre minas en una escala en que adquirió oro "a medio camino", y Fernando dice más adelante que la flotilla hizo alto a doce leguas de Carambarú, en un río, el Guaiga, de modo que este río no será el Cana sino más bien el actual río de Chiriquí. Por tanto debió ser aquí en donde se recogieron los informes, que más adelante habrían de relatarse, acerca de la maravillosa tierra de Ciguare, que se hallaba al otro lado, informes que le confirmaban en la idea de haber llegado a las verdaderas Indias.

crédulos sabios; después se llegaría a la ya no muy distante punta de Malaca, y dejándose arrastrar por la corriente tocaría, al otro lado de la península, en los puertos comerciales de los tártaros.

Fernando se expresa en el mismo sentido. "Después de haber dejado Guaiga, el Almirante pensó únicamente en trocar aquí y allá, de paso, algunas piezas de muestra, y acortar el camino lo más que pudiera" (9). Por consiguiente no habrá fondeado ante todos y cada uno de los muchos pequeños ríos que la gente de Cariari le había indicado como escalas favorables para el trueque. No obstante, en el trayecto entre Aburema y un determinado lugar de la costa de Cubiga, poco antes del Portobelo, en el que, según se le había asegurado terminaba la tierra del trueque, empleó dieciséis días completos. Fernando apunta la distancia con bastante aproximación, esto es, cincuenta leguas, y sólo se mencionan dos desembarcos, uno de ellos en Cateva, río que no podemos localizar con precisión. Aquí su acogida fué como en la ocasión anterior. Primero amenazas hostiles, después trueque, y con ello un rescate de diecinueve espejos. De este lugar conviene hacer mención de un viejo y respetable cacique que resignadamente dió ejemplo a los suyos, entregando su propio espejo que llevaba colgado al cuello. Estaba sentado y para protegerse contra la lluvia que arreciaba, mantenía una hoja de árbol sobre la cabeza. Este lugar llamó la atención del Almirante, así mismo, por haber encontrado ahí ruinas de una antigua muralla "de calicanto", el primer vestigio que se hallaba entre los indios, del arte de edificar, y el Almirante ordenó tomar un pedazo para llevar como recuerdo.

De Cateva los barcos viraron hacia otro lugar, llamado Cobrava, situado al Este del anterior. Pero el viento impidió desembarcar, según se había planeado de antemano, y se continuó adelante con fuerte brisa de costado, hasta llegar a otros cinco ríos, entre los cuales se subraya que fué el de Veragua aquél en que más oro se recogió, y en el que, según afirmaban los indios, se labraban los espejos.

En los días siguientes hicieron alto los barcos delante de un paraje, Cubiga, que era la supuesta última escala para el trueque del oro. Ignoramos el sitio en que se hallara. A Portobelo, en donde el Almirante se vió obligado a hacer una larga escala, se llegó el 2 de noviembre.

Por el cuadro adjunto se podrá ver que es del todo imposible puntualizar en este trayecto de costa, el sitio que correspondería a los nombres que traen Fernando y Pedro Mártir. En la primera columna están los nombres de los ríos, tal como lo trae el gran mapa de Colombia, en el respectivo trayecto. En la segunda están dispuestos los nombres que el autor ha recogido de labios de navegantes mosquitos, que bien conocen la costa. La tercera está tomada del mapa del pequeño Kiepert, de Centro América. En la cuarta van los nombres entresacados de la obra de Pedro Mártir, etc. La quinta contiene los datos de los ríos, que conocemos por medio de Fernando.

---

(9) ".... como el Almirante no cuidaba en este viaje más que de adquirir muestra de las cosas que había en la tierra, abreviando el camino...." (Trad. González Barcia, II. p. 167.)

Mapa de Colombia	*Mosquito*	*Kiepert*	*Pedro Mártir*	*Fernando*
Cañaveral . . .	Caña	Cana	Cana	Cana
Chiriquí	Cherequí	Chiriqui	Ghiriqui	Guaiga
Chutarra	Churrá	San Pedro	San Pedro	
Pasaula	Pasiola	Pasiola	Pasiola	
Catalina	Catalina	Catalina	Catalina	
Calevevora	Calevevora	Calahuahua	Quarebra?	Cateba?
Candelaria	Candelaria	Candelaria	Candelaria	Candelaria
Guasaro	Huasora	Huasora	Zahorán?	Cobrava?
Vejuco	Vejuco	Cocoya		
Zapaterito	Cocuyo	Cocoya	Duribba?	
Concepción	Concepción	Concepción	Ayaguitiu?	
Veragua	Veragua	Veragua	Veragua	Veragua
Belén, con	Belén	Belén		Hiebra o Belén
Belencillo, Sardinas	Belén	Belén	Urida	Urira
Tiju				
Escribanos	Escribanos	Escribanos	Parajes	Cubiga?
Palma	Pamillo	Palmillo	Embeteri y Ambigar con Río Zahorán y Cubigar	Portobelo y Belporto
Coclé	Coclé	Coglet		

Se ve por lo expuesto, que los nombres antiguos, con excepción de los de los ríos Veragua y Belén, hoy han desaparecido todos. Sólo el Zahorán de Pedro Mártir puede ser identificado con el Anasora. El mismo nombre se repite en sus cabeceras, y el mapa de Colombia lo señala con el nombre de Tabasora. No parece probable que Mártir los haya tomado del libro de Colón. Más verosímil es que los haya tomado de las relaciones de Nicuesa, Colmenares, Ovando, Pedrarias, Balboa y Abilés, descubridores aventureros que en los años de 1512 a 1516 anduvieron por esta costa, la "Veragua cubierta de oro", con tanto tesón mantenida en secreto.

¿En dónde está Ciguare, aquella tierra maravillosa, de la que Colón, y sólo él, hizo mención en este trayecto? En vano buscamos este nombre Ciguare en otro autor: no está en ningún mapa y ninguna tradición regional permite reconocerla. Por desgracia no dice en qué lugar de este trayecto de costa ha recogido sus noticias sobre manera interesantes. A pesar de ello es posible contestar la pregunta; lo que haremos al final de esta sección. Lo que en este lugar nos interesa es averiguar que hay qué decir de la tierra y de aquella gente que, del lado del Pacífico, en la parte que corresponde al trayecto de Cariari a Portobelo, había en aquel entonces, sin que lo imaginara siquiera el Descubridor. Entre la población primitivamente—no sabríamos emplear otra expresión—establecida en el Golfo de Fonseca, en el Lago de Nicaragua y de Managua y en el Golfo de Nicoya, había en tiempos históricos, posiblemente a mediados del siglo once numerosos forasteros emigrados. Se habían establecido como en masa, en los lugares, bien conocidos todavía, al otro lado del soleado istmo, y gracias a su cultura adelantada se habían impuesto con éxito sobre la mayoría salvaje. En el mapa habría que buscar estos lugares tierra adentro del Golfo de Fonseca (República de Honduras), en donde hay un rio y una población "Choluteca". El lugar de su establecimiento en la República de Nicaragua lo

hallaremos entre Granada y Managua, en el paraje en que se aproximan entre sí ambos lagos. Los nativos llaman hoy a este antiguo paraje, "La Manguesa". El tercer paraje habría que buscarlo—lo sabemos por Oviedo y por las antiguas cartas de medición—al pie de los volcanes Orosi, Rincón y Miravalles, en el actual Departamento de Guanacaste, en la República de Costa Rica. En relación con estos raros emigrantes existen muchas fábulas que la crítica no puede sustentar. Para formar un juicio aproximado de su manera de ser nos ha quedado únicamente un solo testimonio fehaciente de su alto grado de civilización. Y es la manera de enterrar a sus muertos. Pues a ellos, y no en verdad a los aztecas que emigraron mucho después desde el Anahuac, hay que atribuir el establecimiento de aquellos cementerios cuyo bizarro pero siempre monumental carácter es en todo y por todo semejante a los cementerios de Copán, que interpretan el sentimiento profundamento religioso y la capacidad más que medianamente desarrollada para la escultura, de aquellos forasteros emigrados (V).

Hacia fines del siglo quince, poco más o menos, se establecieron en este mismo territorio del istmo, otros muchos extranjeros. Sobre ellos poseemos bastantes noticias (VI). Pues los conquistadores españoles, cuando en 1521 pasaron de Darién a Nicaragua, los hallaron ya establecidos, y todavía en pleno desarrollo vital, especialmente en la actual Rivas. Era un conjunto de personas arrogantes, de palabra atrevida, en las que los españoles, en todo y por todo, por sus vestidos y armas, por su civilización y cultura, y muy en particular por su lengua, hubieron de reconocer una semejanza en la nación que hacía apenos dos años Hernán Cortés había encontrado en México y la había sometido a la Corona de Castilla. Los nombres de sus dioses, los jeroglíficos de su calendario, eran los mismos que los de las tribus de la Laguna de Tenochtitlán. No podían dar una respuesta concreta acerca del tiempo en que hubieran emigrado hasta ahí y acerca del lugar de su procedencia. Pues nada podemos concluir con certidumbre con respecto a la cronología y al lugar de procedencia, de sus declaraciones, o sea de la tradición de los ancianos, que afirmaban haber venido hacía mucho tiempo de una tierra llamada Ticomega y Maguatega. Los españoles habían encontrado un núcleo semejante de emigrantes aztecas, un poco más allá, hacia el Norte, en El Salvador, agrupado principalmente en los contornos del territorio volcánico de Sonsonate. Estos figuran en la historia con el nombre de Pipiles.

(V) Cf. E. G. Squier, Nicaragua, its People, scenery and Mountains, N. Y. 1852, vol. II, p. 33-93. Obra muy valiosa asimismo por sus ilustraciones.

(VI) Fuentes principales con respecto a la supuesta emigración de los cholutecas hasta Nicoya y aun más allá, son, Torquemada, Monarquía Indiana, ed. 1723, Lib. III, cap. 40, p. 331. Oviedo en la Historia Natural y General, vol. IV, Lib. 42, cap. 2-14, los menciona solamente de paso, como gente forastera avecindada en Nicaragua: señala sus nombres en el mapa del Golfo de Nicoya, vol. III, en el Apéndice, y los llama siempre chorotegas. En Felipe Molina, Bosquejo de la República de Costa Rica, N. York, 1852, aparece el nombre "choluteca" en un mapa de distancias, en la falda occidental del volcán de Guanacaste, por tanto en un sitio que concuerda con el indicado por Oviedo para aquel establecimiento. De las eminentes dotes de intuición de Osc. Peschel dan testimonio las págs. 513-517 (Siglo de los Descubrimientos, 1858), en las que, a pesar de no haber visitado jamás aquellos parajes, los describe con precisión y absoluta conformidad con la realidad natural.

Tal es el deficiente conjunto de hechos con que el futuro investigador habrá de contentarse para emprender la obra de reconstruir la historia de la cultura antigua de la América Central.

Por todo ello las añejas hipótesis según las que antiguamente hubiese habido una fuerte emigración de pueblos cholutecas que hubiesen colonizado el Sur del Istmo, caen por su base ante el hecho del establecimiento de las tres pequeñas colonias en los lugares ya mencionados. El moderno lingüista ha confutado el error de que hubiesen venido de Choluta, la fabulosa Meca de México. En Choluta debieron hablarse el Otomí, el Nahuatl o el Maya, y posiblemente estos idiomas juntos. Pero los cholutecas de Nicaragua, o mejor dicho los chorotegas, que no son muchos los que se conservan todavía, no hablan ninguno de aquellos idiomas. Su lengua es la de Chiapas (VII), que es fundamentalmente distinta de las demás lenguas americanas. Ellos se llaman a si mismos los Mangues, esto es, los hermanos. Dondequiera que se establecía el ambicioso azteca, se consideraba a sí mismo como dueño y señor, y así bien pudo ser que cuando se estableció en Nicaragua entre los Chapanecos, y como pretendiera desalojar con prepotencia de sus propiedades a los pacíficos habitantes, los considerase como extraños y los llamasen "choltecatl", en su idioma, o en forma corrompida "churutecalt". Los españoles no se preocuparon poco ni mucho de la existencia de la población del Istmo del Pacífico. Poco o nada ha podido aprovechar la investigación histórica de la anexión de tales tribus como los Chontales, Maribios, Potones, etc., pues ella nada trajo consigo que permita ampliar los conocimientos filosóficos respectivos.

Nicaragua termina de este lado del río San Juan; al otro lado sigue Costa Rica. Aún hoy día, qué distintos son los países pisados por los conquistadores entre 1520 y 1580. En Nicaragua había aldeas muy pobladas, mercados llenos de vida, comparsas y templos para los sacrificios, todo ello a la plena luz del sol. En Costa Rica nada hay que sea herencia de un pasado histórico o nacional. Montañas espesas, cruzadas por torrentes que bajan por ellas. No hay dentro del país ninguna vía natural de comunicación. Sólo en ambas costas trajinan, de este lado las lanchas de los pescadores de Cariari hasta más allá de Carambarú, y del otro lado los botes de los nicoyanos cholutecas hasta la bahía de Chiriquí, para procurarse las bagatelas y cosas necesarias que por sí mismos no pueden producir. Los salvajes aborígenes llámense Huétar, Bitzi, Cabuegre, Tlari, Brunka, Cachi o Curridaba, no recrean los alrededores de sus cabañas de caña, con el productivo arbusto del cacao o del zapote. El maíz constituye su único alimento. El pescado, matado con lanza, de sus arroyos, y el venado o jabalí de la selva son bocados sabrosos raramente gustados. El que quisiera contemplar otros rostros humanos fuera de los de su mujer y de sus niños desnudos, las más de las veces tenía que subir y bajar durante jornadas enteras antes de que en una ranchería lejana pudiera volver a cambiar algunas

---

(VII) El Dr. Hermann Berendt fué el primero que adoptó esta tan interesante demostración de lingüística etnológica. Lucien Adam, La Langue Chiapaneque, Vienne, 1887: A. Hoelder, editó una gramática comparada, junto con el vocabulario de los Mangues y Chiapas.

palabras con alguno de sus prójimos. No imploraba a ningún dios, solamente al mal espíritu para que no lo azotara con enfermedades. En Nicaragua bastaron unos pocos disparos y unos cuantos tajos de la reluciente tizona, y toda aquella gente, tanta como era, quedó postrada a los pies del barbado capitán, implorando por su vida. En Costa Rica la población no era densa. La conquista del país, resguardado por la selva y protegido por la montaña, costó a la Corona cerca de un siglo de lucha paso a paso con la espada y con el hacha. Antes que a los hombres había que vencer la naturaleza.

Si, se trasponen los límites de Costa Rica por el Este, y se entra en la provincia colombiana de Chiriquí, Veragua o Panamá, fácil será constatar que por su conformación y configuración esta parte del istmo es muy distinta de su vecina occidental. Por el lado del Atlántico las gargantas de montañas llegan casi hasta la orilla de la costa. A las cinco de la tarde el pescador no puede ya ver el sol: sombras espesas flotan ya por encima del techo de palmera de sus cabañas. Las plantas que haya cultivado no parecen muy viciosas; la hoja y la caña del maíz y de la caña de azúcar es delgada. Afuera retumba el mar, iluminado con tintes purpurinos, el cielo sin nubes parece un gris cendal de lino. En cambio, si a la misma hora echamos una mirada por los montañas del otro lado, al Poniente, nos parecerá estar en otro mundo. Las montañas no se precipitan rápidamente; se deslizan perezosamente hasta la costa lejana las verdes faldas de los montes, interrumpidas por sabanas de pasto. Todavía el paisaje brilla a la luz del sol. Hacia las seis de la tarde se pone el sol en el horizonte de un mar tranquilo, pero sin embargo todavía puede recrearse la vista con los encendidos colores que a todas las cosas comunican los últimos rayos del sol a través de la masa de nubes o los haces de luz que se desprenden de sus bordes. Así mismo, la configuración de la costa es aquí muy distinta. Allá fangosos y profundos estuarios. Aquí, en el bien corto trayecto entre Costa Rica y Panamá, el espectáculo de una costa que forma cuatro peninsulas, cuyos golfos todos están abiertos hacia el Sudoeste. "Boxa la mar en Ciguare", el mar forma un arco en Ciguare, así escribe Colón que le habían pintado la costa opuesta a la de Veragua.

Basta echar una mirada al mapa para comprender lo que los indios de los ríos, querían describir bajo la figura de un arco. En la margen opuesta a la región de los ríos de Veragua, vemos que la costa del Pacífico, entre la bahía de Panamá y Golfo Dulce se arquea formando tres peninsulas, cada una de ellas circundada de grandes y pequeñas bahías, y además con sus propias y distintas ensenadas. En cualquiera de ellas podría estar la Ciguare de Colón. Ante todo escuchemos sus propias palabras: "En todos los lugares que visité hallé confirmada la verdad de lo que se me había relatado. Todo ello confirmaba que realmente existía una tal provincia, Ciguare, y que, de acuerdo con la descripción de los indios, debía estar a nueve jornadas de marcha a pie, hacia el Poniente. Ahí había increíble cantidad de oro. Allá usaban coronas en los cabellos, abrazaderas de oro en el brazo y en el pie, había sillas y vasijas redondas y platos de oro, de acabada labor. Contábase que las mujeres usaban bramantes de alhajas colgando de la cabeza hasta los hombros, y todos a una estaban conformes los

indios al referir todo esto. Por muy satisfecho me daría yo con la décima parte de tanta riqueza, allí se conoce toda clase de especias. Oí también decir que en Ciguare se celebraban ferias y se tenían mercados, y se me refirió cómo se las arreglaban allá en el comprar y en el vender. También oí decir que viajaban en barcos, que emplean proyectiles, flechas y arcos, espadas y corazas, que usan vestidos, que en la tierra hay caballos (sic) que las gentes siempre están en guerra los unos con los otros, y que además poseían todas las cosas hermosas imaginables. Dicen también que en Ciguare el mar forma un arco y que a diez jornadas de distancia está el río Gangues. Parece que esta tierra está con respecto a Veragua como Tortosa con Fuenterrabía o Piza con respecto a Venecia" (10). "Todo esto, dice más adelante, no lo maravilló del todo. En primer lugar refiere solamente lo que la gente le relató. Pero ello venía a confirmar lo que él había afirmado y lo que había leído en los libros de los antiguos. La tierra no es tan grande como cree el vulgo, exclama él, y Ptolomeo tenía razón en contra de Marino. Este afirma que la distancia entre Europa y la margen oriental de Asia es de 225 grados, aquél empero sostiene que es de 180 grados, y él mismo, estando en Jamaica en 1594, por la constelación de la luna con el sol, ha dado con este último recuento". Colón afirma en este lugar su confianza cosmográfica en una confusa constelación de palabras. Si no se supiera de antemano cuál era la conclusión a que quería llegar, nada se podría adivinar de la forma y del contenido de sus palabras.

Volvamos a la susodicha relación, y examinando el contenido de verdad de las noticias del Almirante, naturalmente señalamos como erróneas las que se refieren a caballos y al río Gangues. Pero ello era excusable y puede aclararse fácilmente. Dado que Colón fuese víctima del encanto de un error cosmográfico por él acariciado con satisfacción desde hacía tiempo, éste era precisamente el lugar en que más que en cualquier otro, podía dejarse arrastrar por la creencia aquélla, esto es, que efectivamente estaba anclado frente al borde oriental de Malaca. Se le había pintado el cuadro de un océano cercano, al otro lado, que no podía parecerle otro que el de las Indias y ante los ojos de su espíritu se perfilaba con seguros trazos la mencionada península. Nosotros podemos imaginar que entre los muchos ríos que desembocan en Ciguaré se le habrá citado uno

---

(10) En todos estos lugares a donde yo había estado, fallé verdad todo lo que yo había oído, esto me certificó que es así de la provincia de Ciguare, que, según ellos, es descrita nueve jornadas por la tierra al Poniente; allí dicen que hay infinito oro, y que traen corales en las cabezas, manillas en los pies y en los brazos de ellos, y bien gordas; y dél sillas, arcas y mesas las guarnecen y enforran. También dijeron que las mujeres de allí traían collares colgados de la cabeza a las espaldas. En esto que yo digo, la gente toda de estos lugares conciertan en ello, y dicen tanto, que yo sería contento con el diezmo. También todos conocieron la pimienta. En Ciguare usan tratar en ferias y mercaderías; esta gente así lo cuenta, y me amostraban el modo y forma qué tienen en la barata. Otro sí dicen que los naos traen bombardas y flechas, espadas y corazas, y andan vestidos, y en la tierra hay caballos, y usan la guerra, y traen ricas vestiduras, y tienen buenas cosas. También dicen que la mar boxa a Ciguare, y de allí a diez jornadas en el río de Gangues. Parece que estas tierras están en Veragua como Tortosa con Fuenterrabía o Piza con Venecia". (La Rarissima, texto original.)

que entonces como ahora llevaba el nombre de "Changuenes"; así podremos explicarnos su engaño de que éste fuera el río Gangues; y así como más adelante Balboa creyó ver un caballo en el dibujo de una llama que le pintaron en la arena los indios del Istmo, bien pudo sucederle lo mismo a Colón. Con todo, fueron éstos los únicos errores a que le indujeron aquellas sorprendentes narraciones. Pero en todo lo demás, maravilla cómo ha sido posible que sin pisar tierra de Ciguare, al otro lado, haya podido, con tan deficiente información, suministrar noticias tan dignas de crédito en relación con la tierra, su gente, sus costumbres y sus industrias. Léase solamente la larga relación del Licenciado Gaspar de Espinosa (VIII), el cual doce años más tarde con sus capitanes Badajoz, Albites y Hurtado, huroneó por la costa entre Chame y David, y allí encontraremos las nueve jornadas de distancia de Ciguare, del Descubridor.

En canastadas los caciques prisioneros de Chame, Natá, Pariza y Escoliá le entregaron en su campamento aderezos de oro que pesaron más de doscientos mil táleros, con más otros cestos que pesaron solamente treinta mil táleros. La gente más rica, cuenta Espinosa, usaba túnicas de algodón, que llegaban hasta las rodillas, con mangas hasta los codos. Uno de los caciques aprisionados en David tenía el pecho guarnecido con una coraza de placas de oro, que valía más de mil táleros de oro. Los españoles puestos en acecho vieron al cacique de la isla de Cebaco cruzar en una flota de dieciséis canoas en dirección a la tierra, con hombres armados en guerra. Vieron entonces las primeras balistas (IX) y espadas con dientes de tiburón ajustadas a ellas. Las fortalezas que hallaron constaban de una estacada redonda y doble, con zanjas profundas por dentro y por fuera. En Escoliá era conocido el juego de pelota, lo mismo que en Haití (X). Las mujeres tejían, para el uso y para la venta en los mercados, ropas de algodón coloreadas, y hamacas; había mucho maíz y frutas, especialmente mameyes.

Al averiguar cuáles eran según la relación de Colón las maneras particulares con qué los ciguarenses trabajaban el oro, hallaremos confirmada aquella narración. Leemos que Bartolomé recibió, de la tripulación, una de aquellas coronas en Veragua, como recompensa de un atrevido golpe de mano y como parte del botín que le correspondía. Se la describe como una faja para la ca-

---

(VIII) Doc. Inéditos, tomo II, del Archivo de Indias, p. 467-522.

(IX) El texto de Colón dice: bombardas, Herrera, Dec. I, lib. 5, Cap. 5, traduce esta expresión, y creemos que no sin un tanto de sorna, por la ingenuidad de Colón, así: artillería. Olvida que en la época de la juventud del Descubridor la palabra bombarda se usaba para designar todo género de balistas. Cf. Egidio Menagio, Origini della lingua Italiana, Génova, 1685: "E peró da notarsi che Bombarda si diceva avanti alla invencione dell' artiglierie d' un' altra machina e arnesi di guerra". Oviedo, lo mismo que Espinosa, tomo III, Apéndice, láminas 2 y 3, ha visto y "dibujado este cañón manual o cañón de madera, en manos de los indios de la costa de Cueva. Con respecto al texto cf. tomo III, lib. 20, cap. 26, p. 127.

(X) En este juego de pelota parece que se empleaban bolas como las que se han desenterrado en Costa Rica (cf, supra Polakowsky). "Son siete proyectiles de piedra trabajados con exactitud matemática, el mayor de 25 libras de peso, y es probable que los aborígenes los emplearan en sus juegos, pues cerca del lugar del entierro hay un patio limpio que parece haber servido de campo de juego."

beza, trenzada de collares de perlas, sólo que en vez de perlas "llevaba canutos de oro" (XI). Lo que se haya querido significar con lo de vasijas redondas, sillas y mesas ornamentadas (XII) y de labor acabada, se deduce claramente de los tesoros hace poco desenterrados en el vecino territorio de Costa Rica: además de los ya conocidos espejos y águilas se han obtenido, por vez primera, figuras que bien merecen ser estudiadas. (Véanse las figuras 1, 2, 3, 4) (11). "De siete halladas en Costa Rica, comunica el señor Polakowsky, la mayor tiene 0,40 m. de alto y 0,15 de diámetro. La superficie de todas estas mesas es cóncava, y está sostenida por figuras que representan monos o por simples columnas. En cambio la base del pedestal es circular. La labor es extraordinariamente fina y acabada, aún juzgada con el criterio que en la actualidad predomina en esta clase de técnica."

(XI) Fernando Colón, cap. XCVII, p. 433: "cañelle d' Oro, che si mettono intorno a la Testa a guisa di Corona, tutte le queli cosse trata peró la quinta parte per li Re Cattolici, le compartí et divise fra loro, che erano andati a quella, que abbiam detto."

(XII) El texto de Colón, (Rarissima), dice: "y las guarnecen y enforran". Traducido textualmente: y las aderezan (adornan) y forran (o acolchonan). El traductor italiano L. Bossi, Milano, 1818, dice: "li forniscono e fodrano", y F. C. Marmocchi, trato, 1841, dice: "e che guarniscono e ricuoprono d' oro le sedie". En francés, C. M. Urano, París, 1824: "ils doublaient et ornaient leurs siéges, leurs armoires, et leurs tables avec de l' or". Lo que Colón haya querido significar con la palabra "guarnacen", se deduce claramente de lo que le había acaecido antes en su primer viaje a la isla de Cuba donde encontró sillas de piedra parecidas; lo que revela que los caribes isleños eran atentos observadores de cuanto habían visto en el continente vecino. Cf. Fernando Colón. Cap. 27. p. 116: "e gli menarono (los enviados del cacique) a braccio nella cittá dando loro per allogiamento una gran casa di quelle, dove seder li fecero sopra alcuni seggi, fatti di un pezzo, di strana forma, et cuasi simili ad uno animale que auesse le braccia et le gambe corte, et la coda alquanto alzata per attoggiarsi: la cual mondimeno era larga, come la sedia, per la conmodita dell' appoggio: con una testa en faccia, et con gliocchi et con la orecchie di oro. Questi seggi son da loro chiamati Dochi, dove fatti o nostro sedere, subito gli indiani sederono anch' essi in terra d' intorno a loro i piedi et le mani, credendo che dal Cielo uenissero....". Tal descripción de sillas de respeto corresponde, pues exactamente a la de las así llamadas sillas o mesas halladas en Costa Rica, un dibujo de las cuales hemos presentado ya anteriormente (fig. 1). Es una silla de una sola pieza, de piedra con la escultura de un mono, con las piernas cruzadas y larga cola, con la que parece sostener la silla. La única diferencia consiste en que la silla de Costa Rica, no tiene incrustado ningún ojo u oreja de oro, y la cola no está tan profundamente arqueada, como para formar una poltrona". Por eso creemos que 'guarnecen" no significa obra con incrustaciones de oro, sino trabajo dispuesto con adornos, todo lo cual se confirma todavía más con la figura 4. La expresión "enforran", que puede traducirse solamente como "forran o acolchonan", deja en duda al traductor acerca de lo que en verdad haya creído Colón significar, esto es, no se sabe si eran los asientos los que se forraban con oro, o lo eran las poltronas. Dado que en la silla de Costa Rica existe una escultura calada quizá nos sea lícito suponer que Colón, el cual no dominaba el español particularmente las expresiones selectas, tal vez haya querido decir "perforan", al emplear la palabra "enforran" expresión aquella que en italiano significa exactamente "trabajo calado."

(11) El autor reproduce cuatro figuras, numeradas de uno a cuatro; con la leyenda: "Mesa de piedra (Polakowsky), Costa Rica". En la cuarta figura, y con la siguiente para las tres primeras: "Chiriquí (según Holmes), Terracota, silla, mesa."

Nada más sabemos por la historia escrita, de la vida y costumbres de los ciguarenses, fuera de lo que escribe Oviedo. Mucho deseáramos saber alguna otra cosa más detallada pero por él sabemos solamente que los indios llaman tuyra al diablo, tiba o también quevi (Quibia) al cacique, cabra al propietario, haboga al pescado. Afirma también que las mujeres, las espave, usan vestidos largos hasta los tobillos y que para la protección del busto usaban un gran broche de oro prendido al talle. Eso sí, parece estar muy bien informado sobre las costumbres que observan en los entierros estos indios de Cueva, que este era el nombre que los españoles dieron a los ciguarenses. Los ricos eran incinerados y depositados en los sepulcros con todos sus tesoros, sin exceptuar las mujeres. Coincidiendo con los hallazgos modernos, describe la tumba como una construcción de dos pisos. El cadáver estaba depositado en el inferior. Baldosas de piedra, anchas y pesadas, traídas de lejos, recubrían la bóveda inferior. Sobre esta había otra, que quedaba a ras del suelo, y era grande y cuadrada, que se rellenaba con piedras del río y con tierra. No hay duda de que los españoles sabían de los tesoros que se guardaban en la cámara mortuoria inferior, ya que la exactitud de la relación de Oviedo, es tal que no permite poner en tela de juicio que él, en su condición de tesorero real al servicio del temible Gobernador Pedrarias de Ávila, haya presenciado en persona alguna excavación y atestiguado la extracción de los respectivos tesoros de oro. Los ciguarenses, por lo que ya sabemos, eran hábiles en trabajar el oro, aunque lo hicieran en forma un tanto barroca, y se atrevían aún con la ornamentción de filigrana; además, gracias a las investigaciones de un experto como es el señor Holmes, sabemos de ellos algo más, a saber, que eran consumados maestros en la fabricación de objetos de alfarería. Quien examine los dibujos de 196 vasijas de arcilla que el señor Holmes reproduce en la sección dedicada a la cerámica de Chiriquí, página 53 y siguientes, se percatará, con admiración, de que ninguna es semejante a la otra, en su moldura y decoración. "Cerca de diez mil piezas de alfarería ha recogido un solo explorador en una área de cincuenta millas cuadradas. Cierto es que el lenguaje de aquéllas no es tan elocuente como el de las de Asiria y de Grecia, pero nos trasmiten buena parte de la historia del arte, y nos hablan de un pueblo que sin ellas habría quedado ignorado hasta el final de los tiempos. El estudio detenido de estas vasijas de barro nos lleva a la conclusión de que la alfarería como arte, comparada con la del resto de Centro América, alcanzó aquí en Chiriquí un alto grado de perfección tanto desde el punto de vista de la técnica como de la individuación de la forma o del de la aplicación convencional de motivos decorativos de inagotable variedad. En ninguna parte de la América se ha trabajado la arcilla con más habilidad ni con estudio tan sutil por la belleza de las formas, de manera que, por analogía, nos trae a la memoria el recuerdo de los pueblos del Mediterráneo". Y en la página 187: "La mayor parte de los descubrimientos de Chiriquí son arcillas. Asombra en verdad la capacidad técnica alcanzada en ella. En general las vasijas son pequeñas, delicadas, tan nítida y cuidadosamente trabajadas, que no es probable que se las haya destinado a los usos corrientes, sino que más bien habrán tenido aplicaciones de carácter ritual. No hay en ellas huella alguna de esmalte ni traza de que se haya

empleado el torno mecánico para facilitar el trabajo. Este es un hecho suficientemente comprobado, y por tanto se admira el investigador de que con la sola destreza manual hayan podido igualar la perfección del torno mecánico."

Por todo ello podemos imaginarnos a los ciguarenses como un pueblo pequeño, extraordinariamente aplicado e industrioso, y, además, de verdadero ingenio. Bien que el buen artista no logra representar el rostro humano ni siquiera con perfección aproximada, cuando lo intenta en la decoración de alguna vasija, siempre lo representa en actitud pensativa. Ora tiene una pierna sobre otra, o bien las manos cruzadas sobre las rodillas o sosteniendo la cabeza con ambas manos, ya tocando la flauta que tiene entre los labios. Porque estos ciguarenses eran también amantes de la música, y la flauta de arcilla cocida es un instrumento nacional que ellos trabajan adaptando el motivo convencional de la simple caña, en formas admirables. Se han encontrado flautas de barro en forma de lagartos, de mujeres que llevan cestos, de cangregos marinos y de tigrillos, y cada una de ellas tiene su tono particular.

De modo, pues, que la tierra de Ciguaré, al otro lado de la sierra del Istmo, en la que el mar forma un arco, en que la gente andaba tan limpia y poseía cosas tan bellas, no era una quimera hija de la imaginación enfermiza y calenturienta del Descubridor. Era una realidad. En aquel entonces la descripción de Colón podía tomársele por fantasía y aún a él mismo, según lo expresa; al principio aquellas maravillosas relaciones, le habían inspirado dudas acerca de su veracidad, pero con todo las confía al papel, una vez que las ha oído contar repetidas veces, en todos los lugares, en la esperanza de confirmar todo esto, por propia vista de ojos, cuando ello sea posible (12).

Democracía e hispanidad

Por el Dr. Carlos Martínez Durán

Si la PALABRA democracia vibra hoy en el mundo entero como símbolo salvador en la más vasta tragedia humana que registra la historia, nada más hermoso para el crítico y el historiador que hacer justicia a la España imperial de los siglos XVI y XVII, que nos legó jurídicamente las bases de la igualdad humana. Para los que amamos a la España eterna, nunca ha sido sorpresa descubrir por el estudio la lección de humanidad que brilló en sus justísimas leyes. Pero, lo que sí nos ha sorprendido es la lectura de un documento oficial del Instituto Indigenista de Washington, en el cual se consagra con elevado y justo criterio la obra jurídica de la España inmortal.

---

(12) En este lugar reproduce el autor tres dibujos de tres vasijas de arcilla con figuras humanas, una de las cuales tiene una pierna sobre otra, la segunda tiene las manos cruzadas sobre las rodillas, y la tercera sostiene su cabeza con una mano.